Temario:

RESUCITADO

En todo el pueblo había un solo burro. Era pequeño, de color café. Sólo la cara y una pata trasera eran claras, casi blancas. Mamá recuerda que nunca lo vio atado a ningún poste; tampoco a ningún árbol. Y, sin embargo, no se alejaba de su machero. Lo llamaban “Resucitado”, y bien que entendía por ese nombre aunque primero se llamó “Chocolate”. La manera como cambió de nombre y dejó de ser un animal de trabajo lo explica una historia que mamá me contó un día que regresábamos de la escuela y el tránsito iba tan lento que yo dije: “Parece que venimos en burro”. -¿En burro? –repitió mamá-. En burro ya hubiéramos llegado a casa. No creas que caminan despacio. En eso un automovilista tocó el claxon, que sonó en verdad como un rebuzno y nos echamos a reír. -¿Ya te conté la historia de “Resucitado”? –dijo mamá sin quitar las manos del volante ni la vista del coche que estaba adelante. -¿Resucitado? –dije haciendo memoria. -Sí, el burro de Don Polo. Cerré mi libro de texto, donde venía estudiando la lección del Imperio Romano y puse cara de “Cuéntame”. Entonces mamá empezó esta historia: Dicen que un día venía Don Polo, de regreso al pueblo con “Chocolate” –que así se llamaba al principio su borrico. Empezaba a oscurecer y los dos venían cargados de mercancía, pues Don Polo tenía una tienda a la que puso el nombre de La nueva Constantinopla, pues su papá había sido dueño de La Constantinopla, la tienda más grande de Acayucan. Y allí iban los dos, subiendo trabajosamente por el camino que va del río a la loma. Don Polo llevaba puesta una manga porque llovía. Esa lluvia menudita que nos ha tocado en casa de tu abuela en el invierno. También “Chocolate” iba cubierto. Bueno, más bien la mercancía. Su manga era una lona con forma de rombo, amarrada por debajo de la panza. La esquina del rombo que daba sobre su cabeza apenas le permitía ver. ¡Pobre “Chocolate”! Por su parte, Don Polo patinaba sobre las piedras, las botas gruesas de lodo. Y aunque se apoyaba en un bastón, no faltó momento en que estuviera a punto de caer. Habían llegado a la parte más alta de la loma, cuando se escucharon truenos que provenían del Golfo. Don Polo se detuvo. A la distancia alcanzó a ver otros relámpagos saliendo de entre las nubes, como chispazos gigantes que iluminaban por instantes el lugar, y enseguida oyó los truenos acercándose hasta él como algo enorme que rebotaba en los montes. Conforme mamá me contaba, yo iba imaginando los nubarrones que he visto una y mil veces desde la carretera, cuando voy con ella y papá a Plan de la Palma, el pueblo de Veracruz donde nació mamá. No me dio trabajo imaginar los relámpagos ni escuchar los truenos. Ella continuó: Don Polo –como digo- se detuvo, pero “Chocolate” no porque el inocente animal apenas podía ver, cubierto por la manga. Así fue como, ¡zaz!: empujó a su dueño y lo tiró cuan largo era. -¡Óyeme, tú, asno travieso! –exclamó Don Polo levantándose del suelo. Y como levantara el brazo amenazante, “Chocolate” dio un paso atrás. Se escuchó un choque de piedras y desapareció como si el barranco se lo hubiera tragado. -¿En cuál barranco se cayó? –pregunté a mamá. -En el barranco de las mariposas. -¿El que hay que evitar camino al río, por ser muy profundo? ¿Dónde una vez jugamos a tirar piedras? -Ése mismo. -¡Pobre “Chocolate”! –exclamé-. ¿Y qué le pasó? Mamá no me contestó de inmediato porque estaba atenta a que un inmenso vehículo de carga terminara de dar vuelta en Avenida Egipto para tomar la calle de Babilonia y nos dejara el camino libre. Ya que pudo avanzar continuó la historia. Al entender que su borrico se iba al fondo, Don Polo pasó del enojo a la desesperación. Se asomó a la orilla. Alcanzó a ver la mercancía desperdigada: unas velas por aquí, los costales de azúcar por allá, latas de sardina regadas, hilos de coser esparcidos, reatas enredadas, cajas de galletas apachurradas, escobas despeinadas, sandalias de mujer sin su par… ¡Todo un desastre! Como la noche cayó de sopetón y no había Luna, Don Polo echó la luz de su linterna en el abismo. Era tal el silencio que escuchaba los latidos de su corazón. Distinguió unos sombreros, que de tan golpeados ya no se podían vender, y poco más abajo descubrió una lona rasgada por todas partes. -¿Y “Chocolate”? –pregunté con inquietud. -Nada. Avanzamos unos metros en el tránsito. -¿Nada? –repetí. Mamá continuó: Don Polo estaba tan inquieto como tú. Echaba la luz de linterna aquí y allá, pero sólo lograba ver las huellas de la caída y las parvadas de los mosquitos que zumbaban a su alrededor. Con la voz acongojada decía una y otra vez: “¿Qué hice, “Chocolate”, qué te hice? En eso pasó tu abuelo por el camino. Venía de San Antonio jalando un torete que acababa de comprar. -¿Qué pasó Polo? –preguntó desmontando de “Preciosa”. -Se cayó la mercadería… Y “Chocolate”. -¿Cómo? –exclamó tu abuelo. -Mi pobrecito burro. Pero entonces, como si éste dijera: “Aquí estoy”, se escuchó un rebuzno. -¡”Chocolate”! –exclamó Don Polo. Tu abuelo desenganchó la reata que llevaba en las ancas de “Preciosa” y la amarró a la manzana de la silla. Así –sujetándose de la reata, podría bajar al barranco sin resbalar. -¡Vamos a sacarlo! –dijo a Don Polo. “Canela”, que siempre acompañaba a tu abuelo, corrió barranco abajo, siguiendo el rastro de la bestezuela. Al olerlo, ladró para guiar a los hombres. Entonces mamá hizo una pausa en el relato. Yo casi me moría por saber qué seguía en la historia y ella sin hablar. Le di una mordida a mi manzana sólo para hacer algo: ¡craaaach! Y como la maestra cuando nos cuenta las hazañas de Hércules o de Aquiles, retomó el hilo del relato con la frase: “Así fue que…”. Así fue que diez metros abajo se encontraba “Chocolate”. Entonces lo descubrieron Don Polo y tu abuelo, estaba golpeado por los cuatro costados. El pobre lloriqueaba porque se había quebrado la pata blanca. Al ver a los hombres, su carita se alegró.